

Manuel Zapata Olivella, el eterno vagabundo

Olga Arbeláez

A la memoria de Manuel Zapata Olivella (1920-2004).

Todavía recuerdo esa mañana fría del 24 de octubre del 2000 cuando fui a recoger al maestro Zapata Olivella al aeropuerto de la ciudad de Saint Louis, en el estado de Missouri. Entre otras cosas, el aeropuerto es famoso porque tiene en exhibición la emblemática avioneta *El espíritu de Saint Louis*, con la que Charles Lindbergh hizo el primer viaje transatlántico de la historia de la aviación. Charles Lindbergh es un hito en la historia norteamericana por su valor e intrepidez. Este viaje, y los muchos otros que haría después, convertirían a Lindbergh en un héroe a nivel mundial. Y allí, bajo *El espíritu de Saint Louis*, me encontraba yo, entre tímida y nerviosa esperando al gran Manuel Zapata Olivella, a ese gran aventurero y viajero incansable, a ese eterno vagabundo.

El maestro llegó solo y caminando con dificultad. Hacía unos pocos meses había sufrido un derrame cerebral que le había limitado notablemente el movimiento de la parte derecha de su cuerpo y, aunque ya había recuperado algo de su movilidad, caminaba con lentitud apoyándose en un bastón. Obstinado, no aceptó mi brazo o ningún tipo de ayuda para caminar o para subirse en el carro. Orgullosa e independiente, en los dos días que estuvimos juntos, nunca aceptó mi ayuda, a pesar de que comía con dificultad con la inexperiencia de su mano izquierda. Tampoco necesitó mi ayuda cuando al otro día cautivó a un grupo de estudiantes de Saint Louis University con su voz, su intensa pasión y su vívida e intensa descripción del proceso de la esclavitud. Al regresarlo al aeropuerto, al terminar nuestro

tiempo juntos, no pude dejar de notar que viajaba muy ligero, señal de alguien que está muy acostumbrado a andar solo por el mundo. A sus ochenta años, y delicado de salud, Zapata Olivella estaba de gira por Estados Unidos, acompañado tan sólo por una valija muy ligera y contando con la sola ayuda de su bastón.

Dos meses después, para rendirle homenaje al maestro Zapata Olivella, el gobierno colombiano le otorgó la prestigiosa Orden de Boyacá; además, el Ministerio de Cultura hizo una reedición de dos de sus primeros libros: *Pasión vagabunda* (1949) y *He visto la noche* (1952). Estos textos documentan en forma de relatos una etapa de la juventud del escritor en la que se exiló voluntariamente de Colombia. Aunque resulta un tanto desconcertante que, dentro de la amplia obra del escritor, que se encontraba ya en ese entonces agotada y que incluía textos literarios y ensayos premiados a nivel nacional e internacional, hubieran sido estos dos textos tempranos y prácticamente desconocidos, los escogidos. Para ese entonces, era imposible encontrar ediciones de sus novelas *Chambacú*, *corral de negros*, *El fusilamiento del diablo* y *Changó, el gran putas*, textos consagrados de la literatura colombiana y, más importante aun, de la literatura afrodescendiente en lengua castellana. Cualquiera que fuera la razón, es innegable que la publicación de los primeros escritos de Zapata Olivella contribuyó, además de rescatarlos del olvido, a dar a conocer al público colombiano las andanzas extraordinarias y singulares del autor durante su juventud, así como el ofrecer testimonio de una vida apasionante y poco convencional, guiada siempre por lo que el propio autor y otros han identificado como su vocación de vagabundo.

Los escasos estudios críticos sobre estos primeros textos, publicados la mayoría antes del homenaje del gobierno colombiano a Zapata Olivella, han resaltado su importancia como relatos de viajes, género que recibió mucha atención por parte de los estudiosos de la literatura y la cultura hispanoamericana a finales del siglo xx y a principios del xxi. En particular, Lawrence Prescott encontró en *He visto la noche* de Zapata Olivella, en comparación con otros relatos de viajes de latinoamericanos a través de los Estados Unidos, una visión única de Norteamérica, no solamente porque, por haber viajado ilegalmente, “las experiencias que narra son distintas – o percibidas de otra manera – de las que vivieron los visitantes privilegiados”, sino, además, “por la identidad ‘negra’ del autor y el enfoque de este en la población afronorteamericana”.¹ Marvin Lewis, por su parte, resaltó la importancia de estos textos desde el punto de vista de la autobiografía; según Lewis, “considerar estos textos solamente como literatura de viajes es cuestionable, puesto que Zapata Olivella está ante todo preocupado por la afirmación de una identidad individual y étnica dentro de sociedades racistas”.² Para Lewis, la información autobiográfica que permea estos textos durante este período de la vida de Zapata Olivella es muy importante para el estudio de la evolución de su autor porque “representa un paso en el proceso de maduración, el paso hacia una sofisticada adultez de parte del autor en la encrucijada cultural americana”.²

Pasión vagabunda es un texto de memoria personal en el que el autor describe sus viajes por Colombia, Centroamérica y México, después de haber abandonado sus estudios de medicina en Bogotá. *He visto la noche* documenta la segunda parte de su viaje, en la que su exilio voluntario lo lleva a aventurarse por los Estados Unidos: sus peripecias durante su estancia en Los Ángeles, Chicago, Nueva York y su recorrido por el sur de este país durante la época de la segregación. Ambas obras describen en gran detalle los contratiempos que el

joven vagabundo sufrió para poder sobrevivir: el hambre, la falta de dinero, la carencia de un techo para dormir, la generosidad de las almas caritativas que le ayudaron en el camino, así como la indiferencia de otros. Sin embargo, todas estas anécdotas personales están intrínsecamente relacionadas con sus observaciones sobre la vida y la situación de las personas y grupos que va encontrando en su peregrinaje. Más que relatos de viajes o reportajes de una experiencia autobiográfica, tanto *Pasión vagabunda* como *He visto la noche* son textos en los que la memoria y la escritura develan la compleja problemática de Zapata Olivella desde el exilio, a través de sus experiencias personales y de las de otros que, como él, son forzados a habitar en espacios marginales.

Tradicionalmente, la autobiografía como género –y todos los sub-géneros relacionados con ella– se ha considerado como una forma de manifestación de la individualidad de un ser humano y, por lo tanto, la representación textual de un yo. De acuerdo con la definición de James Goodwin, “la autobiografía –como género donde confluyen el yo, la vida y la escritura– es un registro literario de la evolución humana en la individualidad”.³ Así mismo, según Phillippe Lejeune, una autobiografía es un “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad”.⁴ Ambas definiciones parten de una concepción del individuo como un sujeto autónomo que es capaz de representarse a sí mismo. Esto quiere decir que se originan en una noción de sujeto construida sobre la base de la visión eurocentrista de la Ilustración. Resulta un tanto problemático utilizar estos conceptos para aproximarse a la lectura de estos textos autobiográficos de Zapata Olivella, puesto que él está lejos de representar ese sujeto autónomo y representativo de una sociedad monolítica y homogénea que se identifica normalmente con el yo que enuncia en una autobiografía.



Fabio Melecio Palacios. Trapiches. Instalación-ensamble (piezas en poliestireno expandido, modeladas y cortadas a mano con lija y con cortadora de ferroníquel). 2017. 1,50 x 96 x 62 cm. Exposición individual. Proartes. Cali.

Posicionado al margen de la sociedad, Zapata Olivella es un sujeto en crisis que enuncia desde múltiples periferias sociales y culturales. Su discurso, por lo tanto, entra en conflicto con las prácticas hegemónicas de la cultura dominante colombiana.

Entre los teóricos que se han dedicado al estudio de la autobiografía, Betty Bergland cuestiona la manera tradicional de concebir e interpretar al yo autobiográfico al formular la siguiente pregunta: “¿en el centro de una autobiografía leemos a un yo, al individuo esencial, imaginado como un ser coherente y unificado, el originador de su propio significado, o leemos al sujeto postmoderno –un sujeto dinámico que cambia con el tiempo, que está situado históricamente en el mundo y que está posicionado en discursos múltiples?”.⁵ (134). Además de articular a un sujeto posicionado entre múltiples discursos, la lectura de los textos de Zapata Olivella revela

la presencia de un sujeto postmoderno en crisis y fragmentado. En la carta que le escribe a su hermano Juan para tratar de explicarle su decisión de abandonar sus estudios y de hacerse vagabundo, Zapata Olivella dice: “Bien sabes que ‘uno’ no es uno sino muchos, un complejo de ideas, humores, herencias, medios y sentimientos. Muchas veces estas fuerzas heterogéneas nos hacen impotentes, ya que actúan por mecanismos ocultos donde la inteligencia y la voluntad más sagaces no logran dominarlas”.⁶ Es precisamente ese sentimiento de fragmentación que lo atormenta, la única razón concreta con la que Zapata Olivella va a intentar explicar su decisión de abandonar abruptamente sus estudios universitarios para aventurarse por el mundo. Como indica un poco más adelante en la carta a su hermano, mencionada anteriormente, él mismo no sabe exactamente por qué abandonó a Bogotá o qué está buscando, o cuál es la causa de la desazón que experimenta:

Yo no estoy en ningún abismo, ni siquiera al borde, sólo he perdido el equilibrio de una vida intranscendente, fácil, mundana ... Si no estoy en ningún abismo, entonces, ¿cuál es ese estado afectivo que me hace tremolar como un alambre acariciado por el viento? ¿Seré un incomprendido? ... dentro de mí hay algo imposible de captar con los ojos de la conciencia, con mis palabras sólo podría decir que he perdido los tegumentos y mis terminaciones nerviosas están a flor de excitaciones.⁶

A pesar de no poder explicarle a su hermano y, por lo tanto, no poder explicarse a sí mismo exactamente la razón e incluso la naturaleza de su crisis personal, Zapata Olivella admite que detrás de su “pasión vagabunda” hay un interés por conocer los múltiples rostros de la pobreza y experimentar las condiciones de vida de los marginados. Aunque se solidariza con todos ellos, al avanzar en la lectura de ambos textos se observa que, a lo largo de su deambular, la mirada del joven Zapata Olivella se va a posar particularmente sobre las condiciones de vida de las comunidades afro que va encontrando en su camino y, específicamente, va a documentar su miseria y opresión.

Este interés por los afrodescendientes va a empezar a hacerse manifiesto durante su estadía en el suroccidente colombiano. En ruta al puerto de Buenaventura, donde espera irse de polizón a Buenos Aires, Zapata Olivella decidió “gastarse sus últimos centavos” y detenerse en Puerto Tejada, “cuna de tantos amigos negros que despertaron mi inquietud por el conocimiento y defensa de la raza ... [para] palpar de cerca el calor de aquella agrupación de tradición africana”.⁶ Si bien Zapata Olivella había vivido en la zona mulata de Cartagena y se percibía a sí mismo como mulato, en el momento de su entrada a este pueblo habitado por negros, descubre un mundo que si bien le es familiar le es también ajeno. Su descripción de la población sorprende porque devela esa experiencia que Stuart Hall ha descrito como “el shock de la dualidad entre la semejanza y



Fabio Melecio Palacios. Trapiches. Instalación-ensamble (piezas en poliestireno expandido, modeladas y cortadas a mano con lija y con cortadora de ferróniquel). 2017. 1,50 x 96 x 62 cm. Exposición individual. Proartes. Cali.

la diferencia”,⁷ lo cual demuestra su propia posición fronteriza con respecto a sus hermanos de raza, igual a ellos, pero a la vez diferente:

a pleno Sol penetré en el pueblo ... Me pareció ver la misma persona en todas partes, hasta que me fui acostumbrando a diferenciar sus rostros negros, iguales, con su porte alto y sus brazos largos. Nunca pensé que la raza se conservara tan pura como la veía ahora desafiante a las embestidas de la mezcla y la explotación. La arquitectura de Puerto Tejada era similar a la de cualquier otro pueblo, pero el sello de su pigmentada gente no tenía igual. ... En Puerto Tejada amé la tradición como si de repente, en mitad del camino, se hubieran borrado cinco siglos de historia que dieron a la sangre nuevos bríos y nuevos gritos.⁶

Por el color de su piel, Zapata Olivella se reconoce igual a los negros del pueblo, pero a la vez se siente diferente porque ellos sí son negros puros. Aunque vea como diferentes e iguales a sus hermanos de Puerto Tejada, esta experiencia va a proporcionar al joven vagabundo un propósito específico a su deambular por el mundo: “tuve conciencia de mis deberes para redimir a los negros aún vejados con una profunda discriminación económica, no sólo en mi país, sino en el mundo”.⁶ Por eso, antes de dejar Puerto Tejada y continuar su camino, el joven Zapata Olivella anuncia: “Buscaré a los negros dondequiera que vaya”.⁶ El

descubrimiento de la diversidad cultural entre los afrodescendientes es un ejemplo de las maneras como las comunidades afrocolombianas han negociado su “otredad” con respecto a los centros del poder. Esto, incluso, como es en el caso de la experiencia de Zapata Olivella, lleva a cuestionar la noción de afrocolombiano/a para designar grupos que, en muchos casos, no tienen mucho en común.

Efectivamente a partir de este momento, Zapata Olivella no solamente va a buscar a los negros en sus viajes, sino que va a escribir casi exclusivamente sobre ellos y a documentar su explotación y discriminación permanentes. Su travesía lo llevará a los barrios negros de Buenaventura, a convivir con los mineros negros del Chocó y a mirar a Cartagena desde una nueva perspectiva. Fuera de su país, su mirada se va a concentrar en las condiciones inhumanas de los negros en el canal de Panamá; en la explotación a manos de la United Fruit Company de los negros antillanos en Puerto Limón en Costa Rica y a lo largo de toda la costa atlántica de Honduras; en las condiciones de pobreza extrema de los negros en las barriadas de Puerto Barrios en Guatemala; en el tratamiento humillante al que estaban sometidos los negros en México, y en las consecuencias de su segregación en los Estados Unidos

Es, precisamente la documentación de lo observado, lo que determina la importancia de ambos textos como relatos de viajes. Sin embargo, puesto que la perspectiva del yo que narra se sitúa desde la margen, resulta un tanto problemático categorizarlos, ya sea como relatos de viajes o como textos autobiográficos, géneros que surgen y se desarrollan dentro de una tradición y perspectiva eurocentristas. Al contrario, vale la pena reconocer su extraordinaria complejidad, al examinarlos desde una categoría de textos que Mary Louise Pratt ha denominado autoetnografías. En los que el sujeto que ve, es decir el sujeto que enuncia, pertenece al grupo y al entorno que observa y escribe. Pratt dice:

“ Si los textos etnográficos son el medio por el cual los europeos representan entre ellos a sus (usualmente subyugados) otros, los textos autoetnográficos son aquellos que los otros construyen en respuesta a o en diálogo con esas representaciones metropolitanas”.⁸ Es desde esta perspectiva que quiero enfatizar, en primer lugar, la necesidad de considerar *Pasión vagabunda* y *He visto la noche* como textos esenciales en la memoria cultural afrodescendiente, por ser tal vez los únicos textos autoetnográficos que representan la experiencia de los afrodescendientes no sólo en Colombia sino en Centro América, México y los Estados Unidos.

Siguiendo el mismo razonamiento, se hace necesario enfatizar, en segundo lugar, que el yo autobiográfico o el sujeto que enuncia en estos textos de Zapata Olivella, es también un Nosotros que da testimonio de las condiciones de vida de las comunidades afroamericanas. Kenneth Mostern ha postulado que en la lectura de los textos autobiográficos afro-anglosajones es necesario “negociar la compleja interacción entre el ‘Yo’ del sujeto autobiográfico y las colectividades implícitas o explícitas (ejemplos del ‘nosotros’) que representa (factualmente)”.⁹ La misma noción debe aplicarse a la lectura de estos textos autobiográficos de Zapata Olivella que no son solamente autoetnográficos o memorias culturales, sino que, en ellos, la experiencia individual del joven vagabundo se convierte en testimonio de la experiencia de marginación y desplazamiento de los afrodescendientes en el continente americano.

Ahora bien, como los límites entre la memoria personal y el testimonio son imposibles de trazar, siguiendo las reflexiones de Doris Sommer con respecto al testimonio, hay que considerar a *Pasión vagabunda* y *He visto la noche*, además, como discursos contrahegemónicos en los que el Yo representa al Nosotros. Sommer indica que los testimonios “no son escritos para el crecimiento de un individuo o su glorificación, sino que se ofrecen por intermedio del que es-

cribe a un público más amplio como una estrategia general para ganar espacios políticos".¹⁰ Indiscutiblemente, a su regreso a Colombia, la intención de Zapata Olivella al publicar estos relatos es política y determina el comienzo de su lucha por los derechos de las comunidades afrohispanas en el nuevo mundo, proyecto en el que perseveró hasta que lo sorprendió la muerte en 2004. En la lectura de estos textos encontramos las raíces y la evolución de su furia negra, presente en sus novelas y ensayos posteriores.

Son, precisamente estos dos aspectos, que he querido resaltar aquí, donde radica la enorme importancia de *Pasión vagabunda* y *He visto la noche*. Ambos textos son una parte esencial de la memoria cultural colombiana, una memoria hasta ahora muy selectiva que ha negado y continúa invisibilizando la participación de los afrodescendientes en la vida nacional. Ambas obras, además, deben convertirse en patrimonio cultural, pues documentan parte de esa historia con mayúscula, aún no escrita, sobre la experiencia de marginación e invisibilidad a que han estado sometidas las comunidades afrodescendientes en nuestro continente americano desde la llegada de los primeros esclavos a las Américas.

Manuel Zapata Olivella vino a Saint Louis University a enseñarles a mis estudiantes sobre la esclavitud, sobre el genocidio que tuvo lugar durante la trata transatlántica de esclavos por más de trescientos años. Y, mientras hablaba con su voz regia y profunda, hubo momentos en que sus ojos se llenaron de lágrimas y tuvo que parar para contener su emoción. Los estudiantes estaban electrizados. El eterno vagabundo estuvo con nosotros solamente dos días. Dos días que fueron absolutamente inolvidables. Y siempre que voy al aeropuerto de Saint Louis y veo el avión con el que Lindbergh atravesó heroicamente el Atlántico, recuerdo a este otro pionero, el gran Manuel Zapata Olivella, quien se embarcó en

una aventura increíble en su juventud y quien, gracias a su espíritu vagabundo, nos abrió a todos nuevos caminos y nuevas maneras de mirar nuestra realidad colombiana y el mundo. Si no han leído *Pasión vagabunda* y *He visto la noche*, se los recomiendo.

Nota

- * Las traducciones de las citas de los textos en inglés son responsabilidad de la autora.

Referencias

- 1 Prescott, L. (2001). "Afro-Norteamérica en los escritos de viaje de Manuel Zapata Olivella", en: *Afro-Hispanic Review*, 20:1, Vanderbilt University, Nashville, Tennessee, Estados Unidos, p. 56.
- 2 Lewis, M. (1997). "Manuel Zapata Olivella and the art of autobiography", en: Osorio, B., Ordóñez, M. y Luque, M. (eds.), *IX Congreso de la Asociación de Colombianistas. Colombia en el contexto latinoamericano. Memorias*, Universidad de los Andes / The Pennsylvania State University, Bogotá, pp. 283, 285.
- 3 Goodwin, J. (1993). *Autobiography: The Selfmade Text*, Nueva York, Twayne Publishers / Toronto, Maxwell Macmillan, p. 10.
- 4 Lejeune, P. (1991). "El pacto autobiográfico", en: VV. AA., *La autobiografía y sus problemas teóricos: Estudios e investigación documental*, Suplementos n.º 29, Barcelona, *Anthropos*, p. 48.
- 5 Bergland, B. (1994). "Postmodernism and the Autobiographical Subject: Reconstructing the 'Other'", en: Ashley, K., Gilmore, K. y Peters, G. (eds.), *Autobiography and Postmodernism*. Amherst, University of Massachusetts, p. 134.
- 6 Zapata Olivella, M. (2000). *Pasión vagabunda / He visto la noche*, Bogotá, Ministerio de Cultura, pp. 25, 26, 51, 52.
- 7 Hall, S. (1990). *Cultural Identity and Diaspora*, Londres, Lawrence and Wishart, p. 396.
- 8 Pratt, M. L. (1992). *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Nueva York, Routledge.
- 9 Mostern, K. (1999). *Autobiography and Black Identity Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, p. 45. Gilmore, Leigh. *The Limits of Autobiography: Trauma and Testimony*. Ithaca: Cornell UP, 2001
- 10 Sommer, D. (1988). "Not Just a Personal Story: Women's testimonies and the Plural Self", en: *Life/Lines: Theorizing Women's Autobiography*, Ithaca: Cornell University Press, p. 109.

Olga Arbeláez. Profesora en St. Louis University.